

ERROR DE CÁLCULO. VIDA Y ENFERMEDAD EN LA LITERATURA LATINOAMERICANA

Miscalculation. Life and illness in Latin American literature

CECILIA SÁNCHEZ IDIART

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES / CONICET (ARGENTINA)
cecisi89@gmail.com

Licenciada y Profesora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Estudiante de la Maestría en Literaturas Española y Latinoamericana y del Doctorado en Literatura en la misma universidad. Becaria doctoral del CONICET con un proyecto de investigación sobre las relaciones entre la vida común, la política y los afectos en la literatura latinoamericana contemporánea. Sus últimas publicaciones son “Después de la derrota. Temporalidades y estéticas de la vida común en *Jamás el fuego nunca* de Diamela Eltit y *El Dock* de Matilde Sánchez” (*CELEHIS. Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, 2016) y “Desbordes. Vida, política y estéticas del exceso en Osvaldo Lamborghini y Diamela Eltit” (*Perífrasis. Revista de Literatura, Teoría y Crítica*, 2016).

RECIBIDO: 30 DE MAYO DE 2017

RESUMEN: A partir de una pregunta por las enfermedades y desórdenes de los cuerpos y los saberes sobre la vida, las novelas *A céu aberto* (1996) de João Gilberto Noll, *Impuesto a la carne* (2010) de Diamela Eltit y *Fruta podrida* (2007) de Lina Meruane exploran las transformaciones que atraviesan las antiguas instituciones disciplinarias bajo las condiciones de un nuevo dispositivo de poder que aspira a la gestión de la población como capital humano. Contra cualquier imperativo de eficiencia, las novelas hallan en la enfermedad la potencia de invención de lenguajes y modos de vida común que exceden los cálculos del Estado y el mercado.

PALABRAS CLAVE: Biopolítica, enfermedad, afecto, lo común, literatura latinoamericana contemporánea.

ACEPTADO: 22 DE NOVIEMBRE DE 2017

ABSTRACT: Through the interrogation of illness and knowledges about life, the novels *A céu aberto* (1996) by João Gilberto Noll, *Impuesto a la carne* (2010) by Diamela Eltit and *Fruta podrida* (2007) by Lina Meruane explore the transformations undergone by former disciplinary institutions under the conditions of a new apparatus of power which aspires to manage the population as human capital. Against any imperative of efficiency, these novels find in illness the potential of invention of languages and modes of common life that exceed the calculations of the state and the market.

KEYWORDS: Biopolitics, illness, affect, the common, contemporary Latin American literature.

Sánchez Idiart, Cecilia.

“Error de cálculo. Vida y enfermedad en la literatura latinoamericana”.
Kamchatka. Revista de análisis cultural 10 (Diciembre 2017): 163-178.

DOI: 10.7203/KAM.10.10254 ISSN: 2340-1869



En *Literatura/enfermedad. Escrituras sobre sida en América Latina*, Alicia Vaggione se dedica a investigar la narrativa en torno a esta enfermedad producida en la región a partir de los años noventa, y descubre en novelas como *El desbarrancadero* (2001), de Fernando Vallejo, o *Pájaros de la playa* (1993), de Severo Sarduy, la irrupción del sida como acontecimiento que inscribe la vida en una temporalidad signada por la inminencia de la muerte. Otra serie de ficciones latinoamericanas contemporáneas, sin embargo, se desvía del horizonte de catástrofe que imponía el sida cuando equivalía a una sentencia de muerte para orientarse hacia la exploración de enfermedades y desórdenes de los cuerpos que plantean interrogantes sobre los discursos y prácticas del saber, los dispositivos de gobierno de lo viviente y la posibilidad de invención de nuevos modos de vida común. Antes que proponer “un decir o un tono necrológico” (Vaggione, 2013: 39), estas ficciones se interesan especialmente por narrar las mutaciones que la enfermedad produce sobre los cuerpos y las variaciones en sus poderes de afección, en una pregunta, tanto estética como política, por los saberes sobre la vida y sus potencias.

En particular, las novelas *A céu aberto* (1996), de João Gilberto Noll, *Impuesto a la carne* (2010), de Diamela Eltit, y *Fruta podrida* (2007), de Lina Meruane, interrogan las transformaciones que atraviesan las antiguas instituciones disciplinarias –el ejército, el hospital y la fábrica, respectivamente– bajo las condiciones de un nuevo dispositivo de poder que ya no busca tanto asegurar la productividad y la obediencia del cuerpo individual, sino que más bien aspira a la gestión de la población como capital humano, a la regulación de su circulación por espacios abiertos, y a la modulación de las relaciones afectivas entre los cuerpos. Es Foucault quien conceptualiza el pasaje, a partir de mediados del siglo XVIII en las sociedades occidentales, de una anatomopolítica centrada en la vigilancia y el adiestramiento de individuos al interior de instituciones como el cuartel y la prisión, a una biopolítica que toma como objeto los procesos biológicos que afectan al cuerpo múltiple de la población, desde la natalidad y la reproducción hasta la enfermedad, la mortalidad y la higiene. En el curso *Defender la sociedad*, Foucault señala, además, que el surgimiento de este nuevo dispositivo de poder supone, en relación con la morbilidad, que la enfermedad en tanto fenómeno de población ingresa a los cálculos del biopoder como factor permanente “de sustracción de fuerzas, disminución del tiempo de trabajo, reducción de las energías, costos económicos” (2001: 221). Las novelas de Noll, Eltit y Meruane visibilizan la enfermedad como objeto de diversas técnicas de poder orientadas hacia la producción de cuerpos saludables, al mismo tiempo que, más allá de la norma de un saber médico aliado a los intereses del poder estatal y el mercado, encuentran en los desórdenes y las mutaciones de los cuerpos la potencia de reinventar la vida común como posibilidad de error y exceso. Los lenguajes, saberes y prácticas que se articulan alrededor de la enfermedad irrumpen en estas ficciones para desarreglar los cálculos del biopoder, para deshacer la figura de un cuerpo individuado y exponerlo al contagio con materias heterogéneas que no se dejan reducir a la cifra o al dato estadístico.

El ejército indisciplinado que se enfrenta en *A cielo abierto* a un enemigo impreciso, el hospital de *Impuesto a la carne* gobernado por las fuerzas del mercado y la empresa frutícola sometida a un feroz imperativo de eficiencia en *Fruta podrida* funcionan como regímenes de captura de cuerpos que

ponen su potencia al servicio del capital, a la vez que como órdenes de producción discursiva que trazan clasificaciones y jerarquías sobre la multiplicidad de lo viviente. En este sentido, a través de la materialidad de un lenguaje inmanente al plano de los cuerpos, estas ficciones se lanzan hacia una exploración estética del afecto como umbral de composición y descomposición de los cuerpos para producir políticas de lo común que se desvían con respecto a la normatividad impuesta por el Estado y el mercado. En contra de un imperativo de la salud (Costa, 2008) que regula las prácticas y los saberes contemporáneos vinculados al cuidado del cuerpo –y que concibe a éste como un capital que debe ser administrado–, en estas novelas la enfermedad se reivindica como derroche improductivo, como potencia de mutación de una vida que se demuestra siempre en exceso en relación con los dispositivos de saber-poder que aspiran a gobernarla.

La enfermedad no se inscribe en estas ficciones como metáfora o alegoría de procesos históricos, políticos y sociales como pueden ser la descomposición de las identidades nacionales y la emergencia y consolidación del neoliberalismo en América Latina¹. Resulta innegable que las novelas procesan diversos materiales y acontecimientos de la historia latinoamericana a fin de indagar críticamente las transformaciones del poder y el capital en el presente. Tras el fin de la dictadura en Brasil y el regreso de la democracia, la novela de Noll reflexiona alrededor de las posibilidades de la vida colectiva reconociendo el agotamiento de la épica revolucionaria que había animado a toda una generación de militantes. *Impuesto a la carne*, por su parte, publicada en el año del Bicentenario del inicio del proceso de independencia en Chile, refiere y recupera una serie de episodios de la historia nacional –la huelga de la carne de 1905 a la que alude el título de la novela, las luchas del movimiento anarquista y la masacre de obreros del salitre en 1907– para preguntarse de manera más amplia por los regímenes contemporáneos de captura de cuerpos y las vías posibles de resistencia. Finalmente, *Fruta podrida* se dedica a explorar los efectos que tienen sobre los cuerpos y las subjetividades los nuevos mecanismos de un capitalismo neoliberal que tiende cada vez más hacia la subsunción de la vida entera al trabajo y hacia la precarización y flexibilización de las condiciones laborales.

Ahora bien, también debe notarse que la interrogación de la enfermedad que estas narraciones proponen sitúan en un primer plano la materialidad de los cuerpos y sus desbordes para configurar a partir de allí un entramado de discursos, prácticas, técnicas y saberes que se deslizan incesantemente entre lo natural y lo social, entre lo biológico y lo político, entre la materia opaca de los cuerpos y su inscripción siempre inestable en los marcos de inteligibilidad que definen la vida social y política. El recurso a la metáfora constituye un modo de leer privilegiado a la hora de abordar el lugar de la enfermedad en las producciones culturales, sin duda por la notable influencia que han tenido los ensayos de Susan Sontag (2003) en torno al tema. Aquí, sin embargo, se tratará más bien de atender a la íntima imbricación que estas novelas traman entre el lenguaje de la vida y los vocabularios de la política. Si los debates teóricos en torno a la biopolítica plantean el desafío de “pensar la política en la forma misma de la vida” (Esposito, 2011: 22), y la vida, a su vez, como el proceso inacabado de “una

¹ Tal es la lectura que proponen varios estudios críticos recientes sobre estas novelas en relación con los problemas del cuerpo y la enfermedad (Laise, 2016; Pastén, 2012; Scarabelli, 2015; Rodrigo-Mendizábal, 2015; Barrientos, 2015; Zamorano, 2016).

continua potenciación” (130), y si, por otro lado, todo discurso del saber produce efectos de poder (Foucault, 2001), ya no resulta tan nítida la cesura que supone la metáfora entre un sentido identificable como propio (por ejemplo, según Sontag, el discurso científico sobre la enfermedad²) y un sentido figurado o desplazado (miedos, mitologías y estereotipos sociales asociados a la realidad física de la enfermedad).

Lejos de sostenerse sobre una distinción neta entre la naturaleza y la cultura, estas novelas interrogan precisamente la politicidad de lo biológico, la implicación inmediata de lo viviente en la política por la cual los saberes sobre la vida resultan indisociables de los poderes que se ejercen sobre ella. Siguiendo a Zourabichvili (2007) en su discusión de la cuestión de la metáfora en Deleuze, en la literalidad estricta de un uso del lenguaje que se postula como un protocolo de experiencia, la lógica es la del encuentro o la contaminación entre significaciones y materias heterogéneas antes que la del desplazamiento unidireccional desde lo propio hacia lo figurado. Es, de este modo, en la configuración de relaciones singulares entre cuerpos, técnicas de poder y discursos del saber donde estas ficciones encuentran la potencia de una interrogación estética y política de la enfermedad que aspira a producir un nuevo saber sobre la vida.

A LA DERIVA

La escena inicial de *A cielo abierto* presenta al narrador y a su hermano despertando aturridos y hambrientos en una habitación descuidada que no es suya. Ni bien abre los ojos, el narrador toca la piel fría de su hermano y luego apoya el torso y la cabeza de él entre sus brazos, “como normalmente se hace con un niño ya sin fuerzas” (Noll, 2009: 11): recuerda de inmediato que, como él “era el mayor, necesitaba hacer algo por la salud de [su] hermano” (10). En efecto, el cuidado del hermano, enfermo de una dolencia imprecisa, funciona como premisa de la narración: los jóvenes se internan en un campo de batalla en busca de su padre con la intención de solicitarle algo de dinero para comprar medicamentos. Sin embargo, la travesía los lanza hacia toda una serie de peripecias, extravíos y encuentros casuales que provocan sucesivas transformaciones en sus cuerpos y motivan su constante desborde.

La narración avanza de manera discontinua escandida por las urgencias de cuerpos desorientados en el espacio y en el tiempo que se reconocen hechos “de pequeñas necesidades casi siempre contrariadas” (17), en conflicto entre sí. Lejos de la forma estable de un organismo autosuficiente, el cuerpo se configura como potencia variable de afectar y ser afectado, de componer relaciones con otros cuerpos y materias. Es, de hecho, la enfermedad del hermano lo que le hace advertir al narrador que “es eso de lo que estamos hechos, de necesitar, necesitar, ¿no has oído esa historia todavía no?!” (18). Como si la novela misma fuese el relato de esa incesante producción de deseo, se enlazan sucesivos acontecimientos mínimos que conciernen a líneas de aumento y

² Sostiene Sontag en el capítulo inicial de *El sida y sus metáforas*: “La enfermedad y sus metáforas no es una simple polémica, es una exhortación. Mi mensaje era: Haz que los médicos te digan la verdad; sé un paciente informado, activo; consigue un buen tratamiento, porque lo hay” (2003: 100).

disminución de potencia y transiciones entre estados afectivos que desdibujan las fronteras entre el cuerpo individuado y su afuera. El hermano, que solo parece desear “salir de sí” (18), al tiempo que se deshace en vómitos y es sacudido por temblores de fiebre, ensaya un nuevo lenguaje de jadeos y gemidos que, desarreglando la “corriente normal de una palabra después de la otra” (19), emerge de los pliegues del cuerpo y los afectos que lo atraviesan. En contra de la progresividad del aprendizaje y de la secuencialidad del lenguaje articulado, la enfermedad conduce a “desaprender de hablar” (18), y hacia la producción de un nuevo saber experimental sobre el cuerpo que suspende momentáneamente el orden normativo del discurso.

Si bien el hermano experimenta inicialmente una disminución en su poder de actuar que lo hace depender de la fuerza y destreza del cuerpo del narrador, la enfermedad no se vuelve objeto de normalización médica ni de disciplinamiento militar, sino que impulsa hacia un proceso de mutación y desidentificación incesantes acompañado de un continuo desplazamiento espacial. Tan pronto como el narrador reconoce que “renegaría de [su hermano], volvería la cara de lado y lo dejaría en las manos del enfermero o de quien estuviera cuidando de él” (56), el hermano atraviesa una transformación que lo vuelve irreconocible: “Había ganado una suavidad en la mirada [...], y yo allí por unos buenos minutos [...] analizando a ese hermano que ya no reconocía, quién sabe andaba transformándose en mi hermana” (69). Más adelante, la experiencia de desobjetivación se torna aún más radical cuando el hermano adopta una presencia difusa que vacila en el límite de lo perceptible y se resiste a ser fijada en una forma, identidad o ubicación precisas:

En medio de dispersos ruidos de cubiertos y platos la presencia de mi hermano era casi física, no sé decir bien dónde, detrás de la cortina, allá dentro en el cuarto leyendo unos versos, o allí en la médula de la mujer que a veces me miraba fijamente y me atizaba sin querer para que yo descubriera el misterio de él hasta el fin (95).

A lo largo del derrotero de los hermanos por el campo de batalla de una guerra en la que no se sabe bien quiénes son los bandos que se enfrentan ni para qué lo hacen, el narrador se muestra ajeno al uso de los cuerpos impuesto por un poder disciplinario en crisis que ya no logra modelar individuos dóciles y productivos. La disciplina militar aspira a la producción de sujetos de acuerdo a un régimen de inteligibilidad que dispone los cuerpos de los soldados en una “línea razonablemente recta de frente y de lado, todos con plaquitas en el pecho con el nombre y número de cada uno” (23). Pero frente a estos dispositivos de captura que se deslizan de la identificación inequívoca de cada individuo a su integración en la masa indistinta y homogénea conformada por el batallón, los hermanos “no pasan de ser dos criaturas sueltas e incógnitas” (11), anónimas e ilegibles ante las tecnologías del poder disciplinario.

Los cuerpos de los soldados uniformados y endurecidos en la posición de firmes, gritando al unísono animados por la voluntad común de exterminar al enemigo ponen su vida al servicio de una guerra innominada en la que es incierto “de quién exactamente venía la amenaza, cuál era su sustancia” (47) y por qué causa se combatía. Desde la mirada extrañada del narrador, de inmediato se advierte la inexperiencia y debilidad de aquella multitud desordenada de soldados, muchos de ellos imberbes y temerosos, que se enfrenta a un ejército que “exhala la sensación de estar aproximándose

con potentes carcazas aéreas” (57). Invirtiendo el signo de esta flaqueza militar para convertirla en la potencia de invención de un nuevo modo de vida, el narrador, tan pronto como se le ordena tomar el lugar de un centinela, sueña con desertar, con hacerse pasar por muerto, con desfigurar su rostro hasta volverlo irreconocible y así evitar ser descubierto³. El trabajo como vigía nocturno, lejos de presentarse como un servicio provechoso para las tropas, figura como una tarea eminentemente improductiva que “ni siquiera tenía mucha razón de ser, ninguna finalidad expuesta” (103). Desde lo alto de la torre de centinela, el narrador logra incluso conquistar un silencio que no se asemeja a aquel propio del estado de alerta exigido del soldado, sino que se asume más bien como un estado de suspensión que le permite, por un lado, aprehender “la extensión de [su] temor por aquella guerra en la que repentinamente estaba inmerso” (47) y, por otro, imaginar posibilidades de fuga que lo aparten de la brutal economía de los cuerpos del campo de batalla.

Siempre fuera de lugar, suspendido en un estado anfibio entre el sueño y la vigilia, el narrador se convierte, en efecto, en un desertor: tras abandonar su puesto, deambula como borracho por dunas, bosques y playas; no sabe cómo regresar al campamento, y llega incluso a preguntarse en qué país se encuentra. Si la cuadrícula disciplinaria inscribe los cuerpos en el espacio cerrado de una institución como la militar para descomponer “a los individuos, los lugares, los tiempos, los gestos, los actos, las operaciones” (Foucault, 2006: 75) y determinar secuencias óptimas de conducta –la forma más adecuada de cargar un fusil, la mejor distribución de los soldados para un ataque–, la novela de Noll construye el escenario de un radical desajuste entre la normalización de la disciplina y la circulación desorientada de cuerpos por espacios abiertos de fronteras porosas e inciertas. En permanente desplazamiento, el narrador reniega de todo lo propio y de cualquier espacio de pertenencia para reivindicarse como expatriado y fugitivo⁴, y circula indocumentado por territorios que ya no se corresponden con la extensión delimitada del Estado-nación: “en verdad no debería salir por ahí en busca de otra región que me acogiese y me diese algún sustento [...] porque era seguro que no lo encontraría” (Noll, 2009: 66). Los desbordes y extravíos de una vida excluida del campo de la ciudadanía que se declara “escandalosamente libre de las urgencias del mundo” (45) vuelven visible la politicidad de los discursos, prácticas y técnicas que capturan lo viviente para administrar los cuerpos de acuerdo a una moral patriótica del sacrificio que se vuelve crecientemente difusa en el contexto de una guerra que parece embestir contra la idea misma de nación.

Al mismo tiempo que *A cielo abierto* narra la crisis de la disciplina como dispositivo de encierro, descubre en el afecto entendido como potencia relacional de los cuerpos y umbral de su cohesión y disgregación la nueva materia de una política ya no interesada tanto en moldear un cuerpo individual, fijar sus fronteras y asegurar su obediencia, sino más bien orientada a gobernar los excesos

³ Con respecto al desmontaje de las narraciones épicas de la modernidad y, en particular, de la experiencia de la militancia revolucionaria en la escritura de Noll, Paloma Vidal analiza en el cuento “Alguna coisa urgentemente” el surgimiento de “un personaje diametralmente opuesto a la figura del héroe o del mártir o de cualquier otro ejemplar de una moral de la victimización y de la salvación” (2009: 437). Lejos de cualquier mandato sacrificial, el narrador de *A cielo abierto* también se aparta de las figuras del héroe y el mártir para volcarse hacia una vida que se sostiene en el continuo desarraigo.

⁴ Ferreira de Almeida (1998) analizó tempranamente en *A cielo abierto* la intensidad del devenir de una subjetividad expandida y nómada, continuamente dislocada.

del cuerpo colectivo de la población. Ahora bien, sustrayéndose a la lógica de un poder sobre la vida que aspira a regular la circulación de personas y cosas, contener sus desvíos y reducir el margen de imprevisibilidad al que están sujetos los fenómenos biológicos de la población, la novela elabora un saber práctico sobre la vida y sus mutaciones que produce, a partir de los desbordes del afecto, nuevas composiciones de lo común que, contra cualquier capacidad de previsión, se resisten a ser capturadas por los cálculos del biopoder. Se trata, como sugiere Gabriel Giorgi, de un “saber de lo que pasa entre cuerpos” (2014: 262) que emerge de la multiplicidad de sus relaciones y de la exploración de sus umbrales siempre frágiles. Lejos del imperativo de la salud impuesto por la normatividad del saber médico, la novela se puebla de fluidos, contagios y desbordes afectivos⁵ para plantear una pregunta tanto estética como política por los poderes de afección de los cuerpos y la inestabilidad de sus umbrales de figurabilidad. Así, los personajes de Noll se deshacen en sollozos, escalofríos y náuseas; son atravesados por fuerzas y deseos que exceden toda voluntad subjetiva, y encuentran en los desórdenes de los cuerpos no ya el signo de una enfermedad que deba ser tratada para restablecer un estado de salud óptimo, sino la potencia de invención de asociaciones afectivas que producen configuraciones inéditas de lo común en la composición de materias heterogéneas:

Manchas horrendas dominan sus cuerpos, de todos los poros son secretadas sustancias purulentas, y lo más curioso [...] es que el personaje [...] comienza a lamer aquellos cuerpos a esta altura putrefactos y a ganar con el gesto una fuerza inusitada [...] que lo lleva en asunción a los cielos como María (Noll, 2009: 101).

Incluso el pensamiento es configurado como una materia fluida y contaminada que se derrama hacia afuera del cuerpo: “me quedé allí arrodillado en el barro palpando mi mente molida de donde ya no era eliminado lo que llaman pensamiento sino sólo un líquido sucio con el olor embutido del eructo” (50). Movidada por un impulso de vida que se actualiza en sucesivos estados transitorios –de la alegría al llanto, de las ansias de desaparecer al deseo de devenir otro, del “estado bruto de la vida hacia una especie de existencia más difusa y elemental” (166)–, la narración inventa un lenguaje cargado de una sonoridad que emerge de los afectos que atraviesan los cuerpos. El discurso es expulsado fuera de sí por aullidos, gritos y carcajadas que introducen inflexiones contiguas a las voces de los animales o al sonido del “ramaje de aquel árbol allí que espera por el viento para poder balancearse” (121). Se trata de un lenguaje que no recurre a la metáfora ni funciona tampoco por medio de la representación, sino que opera a partir de la composición de series de “imágenes, diálogos, situaciones” (88) para producir zonas de contagio entre discursos, prácticas y materias que vuelven opacas las distinciones jerarquizadas entre lo humano y lo animal, lo orgánico y lo inorgánico. Desde el materialismo radical de la estética de Noll, los desórdenes y afectos de los cuerpos se convierten en la materia de una política de lo común que incesantemente se desmarca de toda forma estable y de todo espacio de pertenencia.

⁵ Reinaldo Laddaga se refiere, en su lectura de *A cielo abierto*, a “una licuefacción terminal de lo humano” (2007: 88) vinculada con el interés de la novela por la indagación de la materia de los cuerpos.

UNA COMUNA DE LA CARNE

En una de las lecciones de *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault expone la teoría del capital humano desarrollada por la Escuela de Chicago y busca, a partir de ella, comprender el neoliberalismo no meramente como una doctrina económica, sino como un modo de gobierno de la vida que despliega una racionalidad de mercado sobre el terreno entero de lo social. El capital humano remite a la figura de un sujeto aprehendido como *homo oeconomicus* o empresario de sí mismo que es responsable de su propia productividad, mejora y valorización en cuanto capital. El conjunto de las capacidades heredadas y adquiridas por un trabajador, desde su constitución genética y su propensión a contraer ciertas enfermedades hasta su formación profesional, se cuantifican como inversiones en capital humano que ingresan a un cálculo de ganancias y pérdidas, de beneficios y riesgos. Buena parte de este lenguaje y de esta racionalidad circula por el hospital de *Impuesto a la carne*, donde la narradora y su madre se hallan recluidas desde hace largas décadas y, bajo un régimen de excepción permanente y difuso, son sometidas a continuas intervenciones médicas que les extraen órganos y sangre para venderlos en el mercado.

Las prácticas y discursos producidos en el teatro de experimentaciones montado sobre los cuerpos de las enfermas, afectadas por una “agonía civil crónica” (Eltit, 2010: 42), se deslizan sin cesar de lo biológico a lo político, de la inscripción social de los cuerpos a su tratamiento como “una producción de la medicina, un simple y prescindible insumo o una basura médica” (13). Mientras que en *A cielo abierto* las tecnologías del poder disciplinario aspiraban a aprehender los cuerpos bajo el régimen de una economía de guerra que exigía del soldado una disposición a “morir aferrado a la causa del combate incluso sin alcanzarla” (Noll, 2009: 135), en la novela de Eltit la medicina como dispositivo de saber-poder vacila entre la protección y la destrucción de la vida, entre el cuidado de la salud de la población y la producción de cuerpos desechables que habitan “los escalafones más insignificantes del tendadero social” (Eltit, 2010: 130). El hospital se configura como un espacio de límites imprecisos que carga con una larga historia superpuesta con la de la nación chilena: mientras se celebran las conmemoraciones por el bicentenario de la patria, la narradora y su madre sueñan con huir del hospital y de “una vida escrita y diseñada por las propagandas nacionales” (171) para ir en busca de otros modos de vivir y de nombrarse. Así, antes que funcionar como una institución de encierro orientada al disciplinamiento del cuerpo individual, el hospital se hace cargo de gestionar la salud de “una línea multitudinaria de cuerpos” (12)⁶ de acuerdo a una lógica que conjuga una tecnología de poder racista con una racionalidad económica.

En la administración de los umbrales decisionales entre la vida y la muerte, lo normal y lo anormal, la salud y la enfermedad, el biopoder traza cesuras sobre el *continuum* de lo viviente para distinguir entre vidas que merecen ser protegidas y vidas que deben ser eliminadas a fin de asegurar la

⁶ Al respecto, Miguel Martínez García señala, en su análisis de la novela, que “no es tanto que el hospital [...] parezca un mundo cerrado e infranqueable, sino que el mundo en el que viven se ha convertido definitivamente en un hospital” (2015: 295).

supervivencia y el fortalecimiento de la especie⁷. La patria médica compromete los órganos de la narradora y su madre “enfermándolos mediante un programado proceso de ósmosis” (58) porque su anormalidad –sus huesos irregulares, sus incontenibles hemorragias, sus bronquios colapsados– amenaza y ofende “a lo más valioso de la especie humana” (40). Recortadas contra la claridad fluorescente del cuerpo médico, las mujeres morenas, bajas, feas y seriadas, apenas reconocibles como humanas, constituyen el blanco principal de un poder sobre la vida que aspira a defender la especie de toda potencial degeneración.

Ahora bien, las prácticas y saberes médicos capturan los cuerpos de las mujeres bajo un régimen de propiedad que, antes que aspirar a su exterminio, busca mantenerlas con vida aunque perpetuamente enfermas para lucrar con la venta de su sangre, órganos y tejidos en el mercado. Excluidas del campo de la ciudadanía y de los relatos de la historia oficial, las enfermas son sometidas a continuas operaciones que deshacen y recomponen la materia de sus cuerpos y los objetivan por medio de un lenguaje atravesado por una lógica de mercado. El cuerpo médico ejecuta “el poder o la gracia de permitir la vida y decidir la muerte” (25) de acuerdo a cálculos de ganancias y pérdidas e imperativos de eficiencia. La fórmula del poder soberano –hacer morir, dejar vivir– se conjuga, así, con una compleja “aritmética humana” (157) que se adueña de los cuerpos y pone precio a los órganos bajo las condiciones de un régimen neoliberal de gobierno que aprehende lo viviente como capital que debe ser crecientemente valorizado: “me pregunté después en cuánto se iban a traficar mis ovarios, en poco, pensé, los ovarios valen una miseria” (102).

La irrefrenable voluntad de saber instigada en los médicos por un “lucrativo afán corporativista” (39) los conduce a emprender sucesivas experimentaciones sobre los cuerpos de las enfermas que apuntan a controlar sus excesos y a obtener resultados siempre idénticos a sí mismos. Sin embargo, al no indagar más allá de “la generalidad de los cuerpos” (131), la ciencia médica no consigue apropiarse por completo de una materia viviente que opone su opacidad y su potencia de mutación a la normatividad del saber: “Administradores de un caudal biológico que no terminan de entender, segmentos en constante rebeldía que se fugan y se les escapan” (132). Contra “la creciente racionalización del mundo” (175), la narración produce configuraciones de lo común comprendidas como reinención de la potencia afectiva y relacional de los cuerpos más allá de las lógicas del Estado y el mercado. Como en la novela de Noll, en *Impuesto a la carne* el cuerpo tampoco coincide con la forma de una totalidad orgánica, sino que se define por su potencia de afectar y ser afectado, tanto por el dolor y la disminución de fuerzas que ocasionan las invasivas intervenciones quirúrgicas, como por el “ímpetu orgánico” (9) de un anarquismo que se lleva en la sangre y que se reinventa ante cada nueva incursión del saber médico. Enfrentadas a un biopoder que descompone y vacía sus cuerpos hasta no dejar de ellos más que “un titilante y fraudulento desecho” (20), las mujeres ensayan nuevos contagios afectivos que desafían las condiciones de figurabilidad del cuerpo individuado: “Mi madre

⁷ Sostiene Foucault en relación con este problema que el racismo como tecnología de poder “atiende la función de muerte en la economía del biopoder, de acuerdo con el principio de que la muerte de los otros significa el fortalecimiento biológico de uno mismo en tanto miembro de una raza o una población, en tanto elemento en una pluralidad unitaria y viviente” (2001: 233).

ahora mismo está prohijada adentro de mi pecho, enroscada en un segmento húmedo de mis bronquios” (47). Se trata de una experimentación en torno a lo común que produce una composición inédita entre cuerpos motivada por un deseo de supervivencia e inteligible por medio del afecto en la medida en que concierne a líneas de variación de potencia.

Inmanente al plano de los cuerpos y sus afectos, el lenguaje irrumpe desde la opacidad de la carne para desmontar la racionalidad económica de un dispositivo que captura lo viviente como capital humano. A contrapelo de la historia oficial que consagra al cuerpo médico y a sus hazañas patrióticas, la novela pretende ser un “archivo del desastre” (127) que cuente las vidas bicentenarias de dos mujeres enfrentadas a un poder sobre la vida que una y otra vez busca apropiarse de ellas y suprimir toda posibilidad de resistencia. Ahora bien, enturbiando la pretensión de transparencia implicada en la voluntad de la narradora de “realizar un análisis sólido [...] que resulte completamente irrefutable para denunciar las ofensas y las injurias que han acompañado [...] nuestras largas existencias” (83), la madre expresa la necesidad urgente de elaborar “un programa básico de sobrevivencia” (83) que hace ingresar en el lenguaje la opacidad de la materia de los cuerpos. La narración compone y enfrenta, así, las voces de la madre y la hija para presentarse como la crónica borrosa, incierta de una experiencia de sometimiento e insurgencia⁸, y enlazar apuntes de vida que buscan dar voz “a un pasado que no emite sonidos audibles” (123), a los murmullos de cuerpos que vacilan en el margen de la supervivencia y de lo reconocible como humano. Inventando un lenguaje que emerge de los pliegues de lo orgánico, de sus potencias todavía insospechadas, la novela cuenta “la historia de los huesos” (172) y descubre la incrustación de la memoria en la carne para agitar el cuerpo con la inminencia de un testimonio orgánico: “Entraré a mi cuerpo como en un libro para transformarlo en memoria. Quiero preparar mi cuerpo para convertirlo en una crónica urgente y desesperada” (129).

En un hospital que se convierte en un “teatro del grito” (135), el lenguaje se carga de la afectividad de los cuerpos al tiempo que la escritura se puebla de aullidos y susurros, de “gritos, jadeos, gruñidos, toses, quejidos espantosos” (135) que trazan una línea de indiscernibilidad entre la palabra articulada y la sonoridad de cuerpos. Se trata de una lengua que ya no coincide tanto con el orden de la razón como con el del afecto y sus excesos, y que se orienta hacia una continua producción de relaciones, contaminaciones y contagios. Las voces de las enfermas se distorsionan por el cansancio y el dolor, se deshacen en insultos y exabruptos, y tienen efectos materiales sobre los cuerpos: “elijo hablarle con un tono enfático, toscos, que le provoca un brote asmático” (84). De los desórdenes de lo orgánico emerge una lengua animal que designa un afuera de lo humano y de la función comunicativa del discurso, a la vez que produce nuevas configuraciones de lo colectivo. Las quince enfermas recién operadas ululan como perras en la sala común y organizan “la jauría más solitaria y la más veraz, la jauría del hambre y el abandono” (182); a pesar del sufrimiento causado por los descuidos del cuerpo médico, sus aullidos amenazan con hacer “estallar los puntos con los que [las] cosieron” (182). La narradora y su madre sueñan con una “revuelta de la sílaba” (31), un

⁸ Tanto Corbin (2013) como Scarabelli (2015) se dedicaron a analizar los diálogos que entabla la novela con el género testimonial.

anarquismo de la palabra⁹ que descubra en lo viviente, más allá del discurso de la especie, una potencia afirmativa de mutación y nombre nuevas posibilidades de vida común ya no sujetas a los dictámenes del mercado.

Frente a la empresa patriótica de un saber médico que reproduce la enfermedad como dispositivo de captura de los cuerpos, la madre y la hija inventan ficciones de resistencia que se inscriben en la materialidad de lo biológico. Bajo las condiciones impuestas por un mercado que pone precio a los órganos, la fantasía de crear una mutual de la sangre apunta a instituir prácticas de gestión común de los cuerpos. La comuna fundada por la madre se instala, de hecho, en el interior del cuerpo operado y mal cosido de la hija para convertirse en uno de sus órganos vitales e impulsar desde allí la rebelión de la carne: “adentro, más adentro, en un pedazo ínfimo del último patio de la nación, pronto iniciaremos la huelga de nuestros líquidos y el paro social de nuestras materias” (184). La novela sostiene, sin embargo, una ambivalencia sobre las posibilidades de éxito del caos anarquista que la narradora y su madre quieren instigar. Si bien la muerte de las enfermas siempre parece próxima por la violencia creciente de las intervenciones médicas, los saberes de la resistencia que ellas han acumulado a lo largo de la historia y sin cesar reinventan auguran la inminencia de una revuelta orgánica que encuentre en lo común nuevos lenguajes y modos alternativos del cuidado de los cuerpos.

LA LENGUA DESCOMPUESTA

En “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, Deleuze formula un diagnóstico en buena medida complementario de la conceptualización del biopoder desarrollada por Foucault en sus cursos de la segunda mitad de la década de los setenta. En el marco de la crisis generalizada de las instituciones disciplinarias, Deleuze registra la emergencia de una sociedad de control que ya no se apoya en un régimen de encierro, sino que aspira a la modulación continua y a cielo abierto de la subjetividad a través de las tecnologías de la información. Si en la sociedad disciplinaria el moldeado del individuo obediente y productivo se complementaba con su integración al colectivo indiferenciado de la masa, las tecnologías de control producen un sujeto incesantemente dividido e inmerso en relaciones de competencia y en un continuo ciclo de perfeccionamiento:

La fábrica hacía de los individuos un cuerpo, con la doble ventaja de que, de este modo, el patrono podía vigilar cada uno de los elementos que formaban la masa y los sindicatos podían movilizar a toda una masa de resistentes. La empresa, en cambio, instituye entre los individuos una rivalidad interminable a modo de sana competición, como una motivación excelente que contrapone unos individuos a otros y atraviesa a cada uno de ellos, dividiéndole interiormente (1996: 280).

⁹ Con respecto a esta cuestión, lecturas críticas como la de Corbin (2013) se han detenido sobre la poética barroca que desarrolla la novela. Por su parte, Rodrigo-Mendizábal propone la siguiente definición, en clave feminista, del anarcobarroco como política de la escritura en *Impuesto a la carne*: “en la trama social por la que se disemina el poder, la mujer, con su cuerpo, en unión con otros cuerpos de mujeres, escribe su historia e inscribe en su cuerpo libre la historia de sus propias conquistas” (2015: 22).

La lógica de mercado y el imperativo de la eficiencia como técnica de control se inscriben reticularmente en todas las formas de vida que se narran en *Fruta podrida*. La novela elabora una estética que localiza en el plano de los cuerpos y sus afectos, de sus enfermedades y desbordes los efectos de un capitalismo neoliberal que se apropia de la vida entera para ponerla a producir. María, experta en pesticidas, trabaja largas horas en una empresa frutícola bajo la exigencia de “demostrar que podía como cualquier hombre, sin reclamar, sin admitir jamás cansancio o preocupaciones, sin apelar a otras necesidades” (Meruane, 2015: 29). Ella es toda olfato y toda ojos, pero su potencia de ser afectada es puesta al servicio de los cálculos que exige el mercado y se traduce en términos de capacidad analítica: su nariz “se expande, se hincha de sangre, y minutos más tarde se encoge, analiza, decide cuántos cucharones de este recipiente [...] serán necesarios para la pócima” (78). Su hermana Zoila, en cambio, enferma de diabetes, se resiste a seguir las prescripciones que María y los médicos le imponen para convertir su cuerpo en puro derroche improductivo que no se deja capturar por el capital.

Sometiendo su cuerpo y sus conductas a un control de calidad tan permanente como agobiante, María es reconocida como “la del gesto eficiente junto a la ventana” (40) y dedica cada minuto de sus días a trabajar incansablemente o bien a calcular los costos derivados de las horas que no pasa en la empresa. Bajo las condiciones de un mundo convertido en una “gran fábrica de cuerpos exportables” (136), el neoliberalismo como modo de gobierno que hace de cada sujeto un empresario de sí mismo otorga privilegios a cambio de esfuerzos y sacrificios asumidos siempre individualmente, y exige de cada trabajador una completa disponibilidad y flexibilidad para adaptarse a cualquier fluctuación del mercado¹⁰. Además de tener que sobrevivir a condiciones de competencia cada vez más feroces, las trabajadoras de la empresa de *Fruta podrida* están precarizadas y endeudadas, empezando por María misma, quien no cobra las horas extra y el aguinaldo que le corresponden y, para estudiar en la universidad, ha contraído una deuda enorme que tendrá que seguir pagando de por vida. Por otro lado, cuando las temporeras organizan una huelga para protestar por sus salarios de hambre porque “los que no tienen nada, o casi nada, [...] están dispuestos a arriesgarlo todo” (106), la estrategia patronal consiste en proponer a las trabajadoras “ofertas individuales, [...] pastillitas edulcoradas que solo iban a dividir las y a romper la huelga” (106). Se trata de un modo de negociación que no apunta tanto a discutir los motivos y la legitimidad de los reclamos, sino más bien a modular los afectos de las temporeras –“el cansancio, la necesidad, la impaciencia, la extrema fragilidad” (107)- para que los intereses individuales se impongan sobre los colectivos.

¹⁰ En su lectura de *Fruta podrida*, César Zamorano analiza los modos en que todos los espacios en la novela están sometidos a una “economía global de la eficiencia” (2016: 33) en relación con el problema de la producción de subjetividad en el capitalismo y la captura de deseos y fuerzas por el mercado laboral. Por su parte, en su análisis de *Boca de lobo* (2000), novela del argentino Sergio Chejfec que también reflexiona sobre las relaciones contemporáneas entre el trabajo y la vida, Fermín Rodríguez (2014) se refiere a la fábrica biopolítica que, más allá de los límites de las instituciones disciplinarias de encierro, captura la vida entera de los trabajadores para convertir sus rutinas, afectos y habilidades en fuerza de trabajo.

Como ocurría en *Impuesto a la carne*, la lógica de mercado también penetra en el hospital que se hace cargo del cuidado de la salud de Zoila y que, inmerso en una economía que se apoya en la producción y reproducción de la vida, rehúye de la muerte e impone una sentencia de vida aun en contra de la voluntad de los pacientes: la muerte, en efecto, afirma la enfermera en el monólogo interior con el que se cierra la novela, “se está volviendo un arcaísmo en el diccionario [...]. Más temprano que tarde seremos inmortales” (184). Ahora bien, mientras que antes la salud “era un problema público” (166), en el presente el Estado ha abandonado activamente el cuidado del bienestar de la población para dejar su gestión y la producción de saberes científicos y médicos en manos de capitales privados y del mercado financiero global: “Todos unidos por cordones umbilicales, el científico al financiero al internacional” (168). El hospital, así, pasa a cuidar la salud de quienes son capaces de pagar por los servicios ofrecidos y deja afuera a una multitud de cuerpos desprotegidos, “a los desnutridos, a los desamparados, a los desahuciados, sin compasión alguna” (172).

El tratamiento de Zoila, por otro lado, aprehende su cuerpo a través de una serie de técnicas de cuantificación y medición que reducen su experiencia de la enfermedad a la homogeneidad de la cifra: así, su ficha médica registra “el horario preciso de las inyecciones y las cantidades exactas y escasas de masas” (21). Sujutando su cuerpo “bajo un control exigente y sucesivos exámenes” (30), las prácticas y saberes médicos ejercen un poder sobre la vida que aspira a volverla apropiable por el mercado. En el contexto de una nueva economía política de lo viviente en la que “el saber biológico y las formas de vida pueden ser patentadas y comercializadas” (Lemke, 2011: 170; la traducción es nuestra), el hospital se apropia de la sangre y las células de los enfermos, y llega incluso a almacenar los cuerpos muertos para reciclarlos y disponer de “materiales de repuesto, recauchaje de carne y hueso” (Meruane, 2015: 183). Todas las intervenciones que se realizan sobre el cuerpo de Zoila son sometidas a un cálculo de costos y los precios y modos de pago son negociados por la hermana, que “ha dejado de ser la María y se transforma en la pesticida que saca cuentas, discute dosis, regatea un precio con el Enfermero” (70). Más allá de las continuidades trazadas entre la producción eficiente de fruta de exportación y la producción de subjetividades que entregan su vida y la potencia de sus cuerpos a un mercado laboral que no hace más que vaciarlos de fuerza¹¹, la novela encuentra en la enfermedad la posibilidad de elaborar nuevos saberes y usos de los cuerpos.

Como en las novelas de Noll y Eltit, el cuerpo y lo biológico en *Fruta podrida* exceden la normatividad de los dispositivos de saber-poder: la enfermedad de Zoila, al producir síntomas imprevisibles y contradictorios, constituye “un caso imposible” (42) que representa un desafío infranqueable para los médicos. Ajena a todo imperativo de eficiencia, Zoila reivindica su “energía infinita para la resistencia y la desidia” (79) y la afirma como potencia de invención de otros modos de vida. La novela configura una serie de interiores que parecen estar siempre a punto de estallar –la piel

¹¹ En su ensayo sobre el lugar central de la deuda en el capitalismo neoliberal, Lazzarato retoma de la lectura que Deleuze y Guattari hacen de la teoría marxista la univocidad del concepto de producción: “la producción de subjetividad, de formas de vida, de modalidades de existencia, no remite a la superestructura, sino que forma parte de la infraestructura ‘económica’. Además, en la economía contemporánea, la producción de subjetividad demuestra ser la primera y más importante fuente de producción, ‘mercancía’ que participa de la producción de todas las otras” (2013: 41-42).

tensa de María, la casa invadida por la enfermedad de Zoila y la posibilidad del contagio- y construye una temporalidad asediada por la inminencia del caos que instigarán las hermanas al perpetrar dos atentados contra aquellas máquinas “de infinita producción y reproducción” (82) de la vida que son la empresa y el hospital. Furiosa porque en la empresa se niegan a firmar el contrato que le prometieron y a pagarle el aguinaldo, María envenena con cianuro algunas manzanas para sembrar pánico a escala global. Por su parte, Zoila huye hacia el Norte e ingresa a un hospital para desconectar a todos los pacientes de sus sondas y de las máquinas que los mantienen con vida. “Una treta comunista, un ataque extremista” (121): los atentados de las hermanas apuntan a desactivar la cadena de montaje de esas fábricas de cuerpos eficientes y saludables abiertas las veinticuatro horas del día, a “obstaculizar el progreso de una maquinaria perversa... interrumpirla..., atacarla... poner en jaque el sistema productivo” (193).

Sin embargo, es tal vez en la materialidad de la lengua y la escritura donde reside la radicalidad de una producción estética y política de lo común que desarticula “el idioma del corte y la confección” (80) del saber médico para abrir el lenguaje a nuevos usos y relaciones con los cuerpos. Las palabras en *Fruta podrida* están desbordadas de afecto, se deshacen en chillidos y exabruptos, se clavan en los cuerpos y permiten imaginar otras vidas posibles:

En esa lengua enredada me describen sus territorios, comparan los climas, las estaciones, los modos de vida [...]. El Enfermero siembra paisajes en mi mente, planta en mí la ambición del destierro (49).

Contra la voz débil y anémica del médico general que brota con esfuerzo de su cuerpo encorvado sobre el escritorio, Zoila revierte los discursos que la empujan hacia los umbrales de lo humano y pone a prueba la fuerza de una lengua animal gruñendo y aullando “como los perros que custodian las enrejadas fronteras del campo” (38). El cuaderno de composición donde ella debe anotar el detalle de las cantidades y dosis de alimentos que consume para entregarlo a los médicos todas las veces que sea necesario se troca en un “cuaderno de composición” cuyas páginas se intercalan entre los capítulos de la novela. Zoila escribe allí poemas que, más allá de la mirada analítica y objetivante del saber, exploran contigüidades entre la fruta y el cuerpo, descomponen la materia orgánica a partir de encuentros afectivos y descubren en las mutaciones de los cuerpos no ya el síntoma de alguna enfermedad sino la potencia dinámica de la vida para reinventarse: “vendrán los tiempos en que / también / me descuelgue del mundo [...] / repleta de gusanos para rodar [...] / tiñendo la tierra / magullando mi piel hasta pelarla / escurriéndome” (33). En el cruce de saberes, materias y discursos heterogéneos, la enfermedad y los desórdenes de cuerpos que se sustraen a los dispositivos de poder se inscriben como una pregunta por la posibilidad de una política de la vida cuya norma emerja de la inmanencia de sus transformaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRIENTOS, Mónica. “La fisura del espacio y la toxicidad de los cuerpos: *El contagio* de Guadalupe Santa Cruz y *Fruta podrida* de Lina Meruane”. *Chasqui. Revista de Literatura Latinoamericana* 44(1) (2015): 91-103.
- CORBIN, Megan. “Archiveras anarquistas: Corporal Testimony in the Work of Diamela Eltit”. *Catedral Tomada. Revista de crítica literaria latinoamericana* 1(1) (2013): 1-17. (DOI: 10.5195/ct/2013.29).
- COSTA, Flavia. “El dispositivo fitness en la modernidad biológica. Democracia estética, just-in-time, crímenes de fealdad y contagio”. *Jornadas de Cuerpo y Cultura de la UNLP* (2008).
- DELEUZE, Gilles (1996). *Conversaciones. 1972-1990*. Valencia: Pre-Textos.
- ELTIT, Diamela (2010). *Impuesto a la carne*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- ESPOSITO, Roberto (2011). *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FERREIRA DE ALMEIDA, María Cândida. “Furor e canibalismo en *A céu aberto*”. *Travessia. Revista de Literatura* 36 (1998): 142-150.
- FOUCAULT, Michel (2001). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel (2006). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel (2016). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GIORGI, Gabriel (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- LADDAGA, Reinaldo (2007). *Espectáculos de realidad. Ensayo sobre la narrativa latinoamericana de las últimas dos décadas*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.
- LAISE, Arantxa. “Entre el cuerpo y sus máscaras. Violencia y animalidad en *A cielo abierto* de João Gilberto Noll”. *Telar* 11(16) (2016): 76-88.
- LAZZARATO, Maurizio (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LEMKE, Thomas (2011). “Beyond Foucault: From Biopolitics to the Government of Life”. BRÖCKLING, Ulrich; KRASMANN, Susanne, y LEMKE, Thomas (eds.). *Governmentality. Current Issues and Future Challenges*. Nueva York: Routledge, 165-184.

- MARTÍNEZ GARCÍA, Miguel Ángel (2015). *Una lengua común. Poéticas y políticas de la enfermedad*. Tesis doctoral. Valencia: Universitat de València.
- MERUANE, Lina (2015). *Fruta podrida*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- NOLL, João Gilberto (2009). *A cielo abierto*. Traducción de Claudia Solans. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- PASTÉN, Agustín. “Radiografía de un pueblo enfermo: sobre la narrativa de Diamela Eltit”. *Contracorriente* 10(1) (2012): 88-123.
- RODRIGO-MENDIZÁBAL, Iván Fernando. “Impuesto a la carne: memoria del desastre”. *Perífrasis* 6(12) (2015): 10-25.
- RODRÍGUEZ, Fermín. “Fear, subjectivity, and capital: Sergio Chejfec’s *The Dark* and Roberto Bolaño’s *2666*”. *Parallax* 20(4) (2014): 345-359. (DOI: 10.1080/13534645.2014.957550)
- SCARABELLI, Laura. “Impuesto a la carne de Diamela Eltit. El cuerpo-testigo y el contagio de lo común”. *Kamchatka* 6 (2015): 973-988. (DOI: 10.7203/KAM.6.7249)
- SONTAG, Susan (2003). *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- VAGGIONE, Alicia (2013). *Literatura/enfermedad. Escrituras sobre sida en América Latina*. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados.
- VIDAL, Paloma. “La posibilidad de lo imposible”. *Revista Iberoamericana* 75(227) (2009): 435-443.
- ZAMORANO, César. “Capitalismo y producción de subjetividad en *Mano de obra* y *Fruta podrida*”. *Revista Iberoamericana* 82(254) (2016): 27-43.
- ZOURABICHVILI, François. “La question de la littéralité”. *Klesis* 5(1) (2007): 1-13.